

sos agigantados y segundo, para obtener provecho mutuo de ella.

MARIO OJEDA

RAMÓN EDUARDO RUIZ, *The People of Sonora and Yankee Capitalists*, Tucson, University of Arizona Press, 1988, 325 pp.

El caballo de Troya permitió el acceso del ejército griego a esa ciudad. El de metal —el ferrocarril— favoreció la entrada yanqui en Sonora. En teoría ese “glorioso” acontecimiento traería a los mexicanos del norte —los sonorenses en particular— riqueza y poder. En su libro, Ramón Ruiz demuestra que la realidad fue otra, porque los mexicanos dependieron a tal grado del capitalismo estadounidense, que, llegó a decirse, un neocolonialismo más fuerte sustituiría al viejo colonialismo (pp. 1 y 3).

Sin duda, la construcción del ferrocarril mejoró los transportes. Esto favoreció sobre todo los bienes perecederos, lo que hizo aumentar notablemente las exportaciones mexicanas a Estados Unidos y contribuyó al florecimiento de la economía agrícola en los lugares comunicados. Los estadounidenses no construían los ferrocarriles por altruismo (comparaban a los mexicanos con “limosneros sentados en un tarro de oro”), sino porque importaban y exportaban mineral y bienes de consumo para vender a los mexicanos. Ruiz dedica la mayor parte de su investigación (siete capítulos) a la minería; un capítulo a la ganadería, dos a la agricultura, uno a los habitantes de la frontera y tres a la vida política en Sonora.

Después de trazar a grandes rasgos la historia de la minería en Nueva España y explicar las causas principales de su colapso, el autor se extiende en su resurrección durante las últimas décadas del siglo XIX, gracias a Porfirio Díaz y los “barones norteamericanos”, quienes aprovecharon las minas de plata y de oro; las de cobre tuvieron auge sin precedente gracias a la industria eléctrica naciente. Cananea, emporio de William Greene, explotaba zinc, plomo y plata, además de cobre, y Nacozari era el emporio de la Phelps Dodge Co. Al renovarse las minas, pueblos y ciudades crecieron notablemente. Ruiz describe la nueva condición de campesinos, rancheros y dueños de tiendas, cuyas actividades se multiplicaron repentinamente con numerosa clientela minera; aumentaron los sueldos, pero también los precios de las mercancías de primera necesidad y los impuestos. Después se invirtió el proceso: pasado el auge, se agotaron o se cerraron por motivos diversos muchas minas —quiebra, huelgas incesantes, escasez de mano de obra— lo que provocó desempleo, éxodo de mineros, desplome del pequeño comercio y baja sustancial en los ingresos de la tesorería por concepto de impuestos. El autor añade que los periodos de austeridad tenían relación directa con la devaluación de la plata y las depresiones económicas de otros países, especialmente las de Estados Unidos en 1893, 1901 y, sobre todo, 1907. Los propietarios mexicanos recibían el golpe más duro: eran minoría y desempeñaban un papel marginal. En cambio, la ley favorecía mucho a los extranjeros; en 1884, el congreso mexica-

no revisó el código minero para dar todas las facilidades a los inversionistas extranjeros que arriesgaran su capital para transformar las minas de Sonora. Aunque no fuera así en teoría, en la práctica el congreso no se atuvo siquiera a los límites oficiales que prohibían en una distancia de 100 km a lo largo de las fronteras cualquier transacción de extranjeros, aduciendo que la legislación no decía nada acerca de la propiedad del subsuelo (pp. 51-52). Así, conseguir títulos de propiedad era fácil, mas no explotar las minas. Unas daban resultados excelentes, otras producían pocas ganancias o se agotaban pronto; algunas no existieron nunca, ya que hubo muchos fraudes con empresas fantasmáticas.

En todas las minas se reproducía el mismo patrón: eran emporios que dirigía un solo dueño o varios socios tiránicos, rodeados de empleados estadounidenses en los puestos importantes; tenían injerencia en la burocracia mexicana y, gracias a amistades complacientes, no cumplían con las condiciones de los contratos, pero obligaban a los mexicanos a respetar la ley mexicana y la suya. Las condiciones de trabajo de los mineros eran a tal punto infrahumanas, que éstos las “compensaban” con una vida desordenada en su tiempo libre: multiplicaron cantinas, salas de juego y prostíbulos; los crímenes ya no se contaban. Las autoridades mexicanas, incapaces de controlar tanta violencia, no encontraron más que un remedio: construir más cárceles. Las enfermedades y accidentes eran cotidianos. La paga alta no compensaba el trabajo peligroso, además de que la carestía de productos básicos y los abusos de las tiendas de raya mermaban cualquier ahorro. El trabajo de estadounidenses y mexicanos se retribuía de modo desigual. A menudo estallaban huelgas, antecedentes de la de Cananea.

A pesar de las riquezas que extraían del país los extranjeros (británicos primero, estadounidenses después), los mexicanos no se interesaban por aprovechar el auge económico para edificar industrias mayores. Quizá haya sido en la ganadería donde los mexicanos aprovecharon mejor el ejemplo de su vecino; los rancheros del norte aprendieron a reorganizar su ganado y a mejorar la calidad. En efecto, gracias a la influencia estadounidense, al ferrocarril —y a pesar de obstáculos como la ley McKinley, la aplicación arbitraria de la cuarentena o la institucionalización del bandidaje— muchos mexicanos se hicieron ricos, pero dependientes del mercado externo, porque no les interesaba el interno.

El ferrocarril fue auxiliar valioso en el desarrollo de los valles Mayo y Yaqui, donde hubo violencia y derroche de dinero sin precedente. Los indígenas dueños de estas tierras fueron desposeídos y asesinados; los pocos que sobrevivieron quedaron como peones en sus propias tierras. En el Yaqui, el beneficio fue para unas cuantas familias norteamericanas; en el Mayo, sólo algunas familias mexicanas que destacaron por su ingenio y trabajo aprovecharon el cultivo del garbanzo, producto que llegó a tener cotización mundial comparable a la del café o el cobre. Aquí, como en las minas, las condiciones sociales de los trabajadores eran miserables: viviendas paupérrimas, enfermedades y vicios. Sin embargo, algo inusitado estaba pasando en estas regiones lejanas de la capital: el desarrollo de ideas políticas, en particular contra la reelección,

que alentó el libro de Francisco I. Madero, *La sucesión presidencial*. Benjamín Hill, uno de los empresarios agrícolas, se encargó de difundir este credo y fundó con amigos un club antirreeleccionista en Navojoa.

En la última parte de la obra, el autor analiza la política de los gobernantes de Sonora, proyanqui ante todo y destinada a servir los intereses de los extranjeros y de los jefes en turno. Ruiz describe ampliamente las familias políticas que compartían el poder desde hacía décadas en la capital y ciudades del estado, el compadrazgo y el nepotismo en cada jerarquía política. Predominaba la centralización del poder, con raíces en la época colonial. Por otra parte, el pueblo poco manifestaba su voluntad, pues no se presentaba a votar en las elecciones. El servicio público era difícil de cumplir (no se pagaban sueldos por falta de fondos); los presupuestos se agotaban por corrupción, mala administración o simplemente porque los gastos excedían los ingresos. Un capítulo entero está dedicado a Ramón Corral, político por excelencia, quien fue parte del triunvirato (junto con Luis Torres y Rafael Izabal) que gobernó a Sonora en los últimos años de Porfirio Díaz. En su último capítulo, el autor revela las grietas del régimen político sobre todo cuando Corral parte a México para ocupar el puesto de vicepresidente. Se necesitaba gente nueva para remplazar a la vieja guardia; había divisiones incluso en el seno de las familias políticas; los jóvenes se colocaban cada vez más en la oposición naciente, al lado de la clase media en ascenso; pero aun con los nuevos rebeldes de la clase media había pocos cambios.

El contenido de esta obra es muy rico. La crónica diaria prometida al principio no entra tanto en detalles, pero abundan descripciones de la vida de los mineros. En cuanto a la organización de los capítulos, se traslapan algunos y hay repeticiones innecesarias que debilitan la narración. Empero, el gran mérito de la obra es que muestra la dependencia excesiva a la que se condenaron los mexicanos por aceptar las inversiones estadounidenses en vez de esforzarse por levantar sus industrias y buscar otros mercados para sus exportaciones de carne y de hortalizas, aunque fuera en el interior de la República. Es cierto que las opciones eran pocas, pero tampoco los mexicanos mostraban mucho empeño. Riqueza sí hubo, pero a corto plazo. En la minería, la dependencia fue mayor aún; si se hubiera exigido la construcción de fundiciones en terreno propio, la región sonorenses se habría beneficiado, pero cuando salió del país la Phelps Dodge (que se instaló en Douglas y la hizo próspera), Sonora perdió las esperanzas de alcanzar el bienestar. Otro tipo de dependencia que destaca Ruiz —en forma un tanto exagerada— es la del idioma, fenómeno que existe en todas las fronteras y por lo común es recíproco; se asoma de nuevo el chicano (p. 173) cuando habla del “*robo* de las tierras del norte de México por los Estados Unidos en 1848. . .” (las cursivas son mías).

La obra tiene otra gran virtud: describir la víspera de la Revolución en la provincia, sobre todo en los estados norteños que desempeñaron un papel tan importante. En el norte maduró la ideología que orientó la Revolución.